

---

## LA LIBERTAD DE COMERCIO

EN

# SUS RELACIONES CON LA PAZ UNIVERSAL,

POR

**D. Santiago Diego Madrazo.**

---

SEÑORES :

Al hablaros por primera vez siento un embarazo natural y justo, porque nadie conoce mejor que yo la debilidad de mis fuerzas y la necesidad que tengo de vuestra indulgencia. Confiado en ella, subo á esta cátedra para asociarme á los elocuentes oradores que con tanto talento, ardor y perseverancia, han demostrado el influjo que la libertad de comercio puede ejercer en el bienestar general y en el progreso humano. Yo soy el más pobre de inteligencia entre todos ellos; tengo, sin embargo, la misma sinceridad en mis convicciones, la misma fe en mis principios, el mismo deseo de contribuir á la propagacion de la verdad. Por densas que sean las nubes que la salgan al paso, la verdad es la luz y sus rayos penetrarán por todas partes. La verdad ha gemido en los calabozos con Galileo, ha bebido la cicuta con Sócrates, y ha sido crucificada con Jesucristo; pero la verdad, que es la realidad, que es el cuerpo y el espíritu, que es la naturaleza y el hombre, que es la criatura y el criador, triunfará de los calabozos, de la cicuta y de los suplicios, y le-

vantando su trono sobre la humanidad entera, alumbrará todas las inteligencias (*Bien, bien*).

La verdad que nosotros defendemos ha sufrido durísimas pruebas, y tiene que sufrirlas todavía antes de su triunfo definitivo; pero ya no es perseguida, se discute; ha encontrado numerosos defensores entre los hombres de todos los partidos políticos, ha luchado en la oposicion y ha sido poder, y cada dia alcanza nuevas victorias y conquista nuevos entendimientos. Hubo un tiempo en que sábios é ignorantes creian que en el dinero consistia únicamente la riqueza y que debian cerrarse herméticamente las puertas del país para impedir su salida; la ciencia hizo el proceso de este error, y el error ha sido relegado al olvido. Las prohibiciones y las restricciones se fundaron luego en la necesidad de proteger la industria nacional, cualesquiera que fuesen sus condiciones y sus esperanzas, porque toda nacion debia bastarse á sí misma; la ciencia hizo tambien justicia á esta aberracion, y los proteccionistas hoy sólo se atreven á invocar la necesidad de proteger las producciones que, en un tiempo más ó menos lejano, pueden tener vida propia, segura y duradera. Tambien la ciencia disipará este último error, y la libertad será la ley universal del comercio. Los legisladores han bajado humildes sus ojos ante el esplendor refulgente de la verdad; la aristocracia inglesa ha sentido ceder, pero ha cedido vencida por la Liga; Napoleon III, olvidando que el fundador de su dinastía habia mandado quemar los artículos de contrabando en las plazas públicas, sigue las huellas de Inglaterra, y entre nosotros, aunque el progreso sea más lento y no satisfaga nuestras aspiraciones, el Arancel de 1844 fué más liberal que los anteriores; el de 1849 más que el de 1841, y cualquiera reforma que se intente, lo será más que la de 1849.

Los señores que me han precedido en este sitio, han examinado la cuestion que nos ocupa en su origen y en su desenvolvimiento histórico, en la region de la teoría y en la de los hechos, en su generalidad científica y en sus aplicaciones prácticas. Siguiendo yo el ejemplo de mis dignos compañeros y eligiendo uno de los puntos de vista de la cuestion del libre-cambio, voy á hablaros de su influjo en la conservacion de la paz entre los pueblos.

Podrá haber intereses rivales entre las localidades, entre las provincias y entre los Estados; ha habido antagonismos en sus ideas, en sus sentimientos y en sus actos; mares de sangre se han interpuesto, no sólo entre los hombres de razas diferentes, sino tambien entre los de una misma nacion y de un mismo pueblo; tan varios como son el clima y las condiciones topográficas de cada tierra, son las costumbres de sus habitantes, su religion, su lengua, su literatura y sus artes; pero á pesar de esa contradiccion y confusion aparentes, la humanidad es armónica y una.

Ninguna nacion puede bastarse á sí misma, así como ningun individuo puede satisfacer por sí solo sus numerosas necesidades. Separad al pueblo más rico, más inteligente y más grande del consorcio de los demás, y vereis su riqueza amenguarse y desaparecer, la luz de su inteligencia anublarse y éxtinguirse y su grandeza fraccionarse y disolverse. Así como las partes de nuestro organismo serian incomprensibles, si no existiera el todo orgánico que componen y constituyen; así, tampoco podria comprenderse un pueblo desprendido de la humanidad. Todo organismo ha de ser completo para que la vida tenga razon de sér y pueda desenvolverse con arreglo á las leyes de su naturaleza. No existen caprichosamente las diferencias de razas, de afectos y de caractéres; por más divergentes y antitéticos que parezcan, están comprendidos y armonizados en la gran síntesis de la humanidad. Todas esas fuerzas que en el mundo material y en el de las inteligencias luchan, desaparecen, se renuevan incesantemente, y á los ojos del observador superficial no presentan más que la imágen confusa del caos, son, sin embargo, convergentes, son eslabones de una inmensa cadena, y juntas constituyen el órden general del universo.

Los hombres de todos tiempos han sido arrastrados por un impulso irresistible, sino racional, por lo menos instintivo en busca de lo desconocido. Sentian estrecho el lugar en que habian visto la luz primera, necesitaban más aire para respirar con holgura y libertad, y encontraban generalmente más bello lo que estaba fuera del círculo de su vida ordinaria. Pero la naturaleza en la infancia del género humano los rodeaba por todas partes, bosques interminables y rios caudalosos les cerraban el paso; las fieras les salian al encuentro en cuanto se separaban de su mi-

sero albergue; inmundos reptiles serpeaban debajo de sus plantas, y una atmósfera envenenada pesaba sobre su pecho. El hombre, sin embargo, no podia permanecer aislado en medio de la naturaleza, porque la naturaleza le hubiera ahogado entre sus brazos. Luchó con las fieras, con los bosques y con los torrentes; y aunque muchas veces quedó vencido y sin aliento, sintió renacer la esperanza en su alma, y armado con el instrumento de la razon, que aunque débil entonces, era más poderosa que los vientos y los rayos, venció á la naturaleza, se aprovechó de sus inmensos recursos, se abrió camino, y encontró nuevas cosas y nuevos hombres.

Pero estos hombres tenian otras costumbres, hablaban otra lengua, adoraban á otro Dios, y miraron primero con desconfianza y despues con odio á los que querian participar de los dones de una naturaleza que reputaban suya. Oscura en aquellas inteligencias la idea del derecho, deificado el poder de la naturaleza, acatada la supremacia del más fuerte, desconocidos los hábitos industriales, y sin tener qué cambiar ni instrumentos de cambio, ¿qué habia de suceder cuando se encontrasen frente á frente aquellas naturalezas rudas, incultas y cada cual con la conciencia de su valor? La fuerza tenia que ser necesaria y fatalmente la que decidiera la contienda: aquellos hombres lucharon con la violencia de la desesperacion, y cuando se cansaron de matar, los vencedores declararon en propiedad legitima los hijos que no eran suyos, las mujeres cuyo corazon latia por otros y los robustos mancebos que tuvieron la desgracia de ser vencidos. De esta manera laboriosa y horrible comenzó la vida social de la humanidad; y así ha continuado muchos siglos. ¡Qué extraño es que el progreso humano haya sido tan lento, y que esté todavía tan léjos de los pueblos más civilizados el imperio de la caridad y de la justicia! Sin embargo, el progreso ha existido siempre, y esas mismas luchas en que los hombres se trataron tan injusta y cruelmente, fuéron un verdadero adelanto para el género humano, que agrandando el teatro de su accion, encontró nuevos productos y nuevos medios de produccion. Este hecho es evidentísima prueba de la solidaridad humana, puesto que nuestro linaje ha adelantado, sólo con acercarse unas inteligencias á otras, aunque para lograrlo haya sido

preciso derramar la sangre á torrentes, y fundar las relaciones sociales en medio de la destruccion y de la muerte.

Dichoso el mundo si la guerra no hubiera hecho más que arrancarle del sueño de la infancia. Pero el hombre no ha dado apenas un paso en la larga corriente de los siglos, sin que haya tenido que luchar, no sólo con las fuerzas del espíritu, sino también con las del rencor y de las malas pasiones. Es verdad que la guerra le ha abierto las puertas de las naciones, y que los tratos entre vencedores y vencidos les han hecho descubrir nuevos horizontes. Bajemos la frente ante la ley inflexible de la historia; pero deploramos los estragos causados por esta fatalidad terrible.

La guerra ha sido con frecuencia precursora de la civilización; pero la guerra destruye, no edifica; derriba las murallas que separan á los pueblos, pero no es capaz de fundar nada sólido y duradero: establece relaciones entre el sacrificador y la víctima, pero no puede sostenerlas sino con la arbitrariedad y la injusticia. Los hombres no han nacido para aborrecerse, sino para vivir unidos por los lazos del amor y del interés. El comercio ha venido á demostrarles que la existencia de unos es condición esencial del mejoramiento de los otros, y que auxiliándose recíprocamente contribuyen al desarrollo propio y al progreso de la humanidad. Pero para que el comercio en el mundo antiguo hubiera podido cumplir su importante misión, era preciso que no se hubiesen negado sistemáticamente al trabajo las consideraciones honoríficas reservadas para los abusos de la fuerza; que el martillo y el arado hubiesen pesado por lo menos tanto como la espada en la balanza social, y que la afición modesta á los placeres tranquilos del hogar y de la familia hubiera prevalecido sobre la sed de sangre y de conquistas. El trabajo entre los antiguos era una necesidad impuesta por la violencia; el trabajador llevaba impreso en su frente el sello de la esclavitud; el comercio era una profesión vil y deshonrosa, y los honores del triunfo sólo se concedían á los que podían subir al Capitolio formando la escalinata con cráneos de seres humanos. Para aquellos hombres todos los pueblos eran enemigos, y el bien de uno no se lograba sino destruyendo á los demás, ó reduciéndolos á una esclavitud inicua. No sólo era de esta opinión el vulgo:

participaban de ella los sábios más ilustres que han legado á la historia la inmortalidad de su nombre. La mayor parte se hizo eco de las prevenciones aristocráticas contra el trabajo pacífico, y los poetas y los artistas reservaron sus himnos, sus lienzos y sus mármoles para los que más terriblemente habian hecho uso de la fuerza. No encontraron poesía en el trabajo, que todo lo renueva y trasforma, y la hicieron brotar de la muerte que todo lo nivela é inmoviliza. El mismo Ciceron decia : «El comercio es sórdido, cuando es de poca importancia, porque los comerciantes en pequeño no pueden ganar sin mentir; á lo más es tolerable cuando se ejerce en grande y para abastecer al país.» Si los sábios hablaban de esa manera ¿qué extraño es que Roma dijera en sus edictos : «Los pueblos comerciantes trabajan para nosotros, nuestro oficio consiste en vencerlos y exigir los impuestos»? Si se quita á estas palabras la máscara hipócrita que las cubre, equivalen á estas otras : «Los pueblos comerciantes deben trabajar, nosotros robar lo que ellos hayan producido.»

Con esta perversion de ideas y arrancando de esa manera del corazon el sentimiento de la justicia, nada tiene de sorprendente que la administracion provincial romana fuera sólo la organizacion del robo y del pillaje para alimentar á aquella turba de bandidos, que hospedada magníficamente á orillas del Tiber, se nos presenta como modelo de grandeza. Roma ha contribuido al progreso humano fundiendo en el imperio una gran parte de los pueblos antiguos; pero apartemos la vista con horror de los medios empleados para conseguirlo, porque creeríamos hallarnos dentro de un círculo de fuego y sangre, y que la Europa volvía á caer bajo el yugo de aquel monstruo que no tenía entrañas más que para amar el oro de sus víctimas. Formuló mejor que ningun otro pueblo la idea del derecho; pero en sus relaciones exteriores el derecho no estuvo ni en sus sentimientos ni aún en sus concepciones.

Era sin embargo imposible, aunque los extranjeros se consideraban como enemigos, y aunque el débil fuera sólo un objeto de explotacion para el fuerte, que el comercio no produjese en la antigüedad inmensos beneficios. El cambio, como ha dicho un eminente escritor, es la sociedad. Podeis despojarla de una gran parte de los elementos de su vida presente, y lograreis enflaque-

cerla y aún hacer que se estacione ó retroceda, pero no la matareis; mas suprimid el cambio, y entonces en vano preguntareis por la sociedad, porque la sociedad habrá desaparecido. El cambio podrá ser más ó menos extenso, más ó menos libre, más espontáneo ó más artificial; pero siempre será una condicion esencial de la vida de los individuos y de las sociedades. Por eso el comercio antiguo, tan degradado, tan envilecido y tan sujeto á las vicisitudes de la guerra, alimentaba á aquella sociedad ingrata que le maldecia, y hasta proporcionaba placeres á la insolente aristocracia romana que pedía con ánsia perlas y perfumes, y escupia en el rostro á los que atravesaban los mares para servirla y complacerla.

Sobresalieron algunos pueblos de la antigüedad por su espíritu mercantil, que los llevó á los puntos más distantes del mundo entonces conocido. Sus costumbres son una demostracion del influjo que el comercio ejerce en la conservacion de la paz. Los fenicios, que tanto se distinguieron en la industria mercantil, fuéron tambien notables por sus inclinaciones pacíficas y por su amor á las ciencias y á las artes. Con la audacia propia de los navegantes, extendieron sus relaciones por el Oriente, comerciaron con los habitantes de las costas del Mediterráneo en Asia, Africa y Europa, pasaron el estrecho de Gibraltar, visitaron las islas Británicas y penetraron en el Báltico. Cuenta el más famoso historiador griego, si bien la noticia no merece crédito, que dieron vuelta en derredor de Africa á instancia de Nechos, rey de Egipto, y algunos envidiosos de la gloria de Colon encuentran grandísimas semejanzas entre los monumentos antiguos de algunos pueblos de la América del Sur y los fenicios.

Cartago, colonia fenicia, que se elevó á mayor altura que la metrópoli, conservó sus tradiciones y una parte de sus hábitos mercantiles y aventureros; pero Estado más poderoso y de mayores aspiraciones, sintió más fuertemente la influencia del espíritu dominante en la antigüedad, y se dejó arrastrar por el huracan de las pasiones guerteras. Luchó con Roma; pero cayó bajo el hacha de su implacable enemiga, y al espirar se realizó el deseo de Caton: *delenda est Carthago*. Se ha preguntado muchas veces cuál hubiera sido la suerte del mundo, si Roma hubiese sufrido la ley de los vencidos. Dificil es la solucion del problema;

pero sí podemos afirmar, que si hubiera sido posible infundir el espíritu mercantil en aquella sociedad descreída de señores sibaritas y de esclavos envilecidos, el comercio no hubiese grabado por todas partes, como la guerra, hueltas de devastacion y de sangre, no hubiera dejado los campos yermos como los dejó la licencia del soldado; habria levantado fábricas donde no quedaron más que ruinas, y hubiese unido á los pueblos, no con la cadena del esclavo, sino con el lazo de la amistad y de la necesidad mútua.

Los enemigos del comercio dicen que fenicios y cartagineses fueron notables por su degradacion moral y por la falta de cumplimiento de las promesas más solemnes. La fe púnica tiene, es cierto, una triste celebridad histórica. Pero ¿fueron mejores sus enemigos? ¿Fue mejor el resto del mundo? Plutarco afirma que los más famosos héroes de la antigua Grecia se honraron con el titulo de ladrones. Solon autorizó asociaciones para la piratería, y Platon y Aristóteles consideran ciertos latrocinios como una especie de caza. Si los fenicios cometieron acciones indignas, no fue por ser comerciantes, sino porque esa era la manera de obrar de los pueblos antiguos en sus relaciones exteriores. A los que buscan el siglo de oro en la historia de lo pasado, y echan en rostro al siglo en que vivimos, su espíritu industrial que llaman egoista, mezquino é incapaz de producir nada grande y verdaderamente artístico, roguemosles que fijen la vista, no en aquellas inmundas cavernas en que centenares de esclavos yacian en revuelta confusion, sin descanso para su cuerpo ni paz para su espíritu, no en aquellas turbas famélicas que esperaban en la plaza pública compradores de su voto y de su conciencia, no en el circo ensangrentado en que caian las víctimas humanas aturcidas por el estrépito de las carcajadas de los espectadores, sino en los repúblicos más ilustres, en los más esclarecidos sábios y en los más opulentos magnates, y encontrarán en los misterios de su vida íntima, tantas torpezas y tanta accion indigna, que harian subir los colores al rostro á la mayor parte de los hombres de la generacion presente. (*Aplausos.*)

La dureza, la ferocidad y el hábito de verter sangre humana, podrán decorarse por historiadores ignorantes ó corrompidos con los nombres de fortaleza de ánimo, de severidad de carácter ó de

elevacion de sentimientos ; pero siempre serán contrarios á la caridad ó á lo más una exageracion de la justicia.

Desgraciadamente la violencia ha regido los destinos de la humanidad, no sólo en los imperios despóticos del antiguo Oriente, en las repúblicas griegas y en el reinado de los Césares, sino tambien con los bárbaros que se arrojaron sobre la Europa romana como sobre una presa largo tiempo codiciada; con el feudalismo que hizo girones el mapa de Occidente, con las cruzadas que abrieron á la vida europea nuevos horizontes, con las municipalidades activas, laboriosas, emprendedoras, pero siempre armadas como en un dia de batalla, y con los monarcas absolutos que convirtieron en cuestiones de familia los problemas más árdulos de la política de las naciones.

Pero desde la edad media el comercio ha representado un papel cada vez más importante en las relaciones exteriores de los pueblos. El señor feudal que durante las cruzadas respiró la atmósfera embalsamada del Asia, saboreó el deleite de placeres antes ignorados, y vió un mundo poético de delicias que contrastaba con la rudeza del Occidente. Al volver á su país con la cabeza llena de encantadores recuerdos y el corazon embriagado y herido por el sentimiento de la belleza esplendente de las formas, trocó la cota de malla por trajes de oro y seda, se apartó con frecuencia de su castillo, amó más la córte que los bosques y sintió fruiciones más dulces que las de la caza. Crecieron sus necesidades, y buscó quien las satisficiese ; las ciudades animaron su fabricacion y se llenaron de talleres ; los más osados fuéron á remotas regiones en busca de artículos de lujo ; el crédito comenzó á dar muestras de su poderosa influencia, y el comercio entró en una era nueva, llena de actividad y de esperanzas. Desde entonces, marchando esta industria de progreso en progreso y formando círculos cada vez más extensos, ha ido levantándose de siglo en siglo hasta llegar á ser colosal gigante que abarca entre sus inmensos brazos las islas, los continentes y los mares. Mas si ha podido vencer los obstáculos opuestos por la naturaleza, no ha sido tan feliz en sus luchas con la maldad y la ignorancia. En su gloriosa carrera de triunfos, la guerra ha detenido violentamente sus pasos ; los pueblos, para hacer daño á sus enemigos, han comenzado por hacérselo á sí mismos, y los gobiernos han

dicho á sus propios súbditos : ¡ay de vosotros si llevais vuestros productos al extranjero! La muerte que es la pena de los traidores, será expiacion insuficiente del crimen sin nombre de buscar consumidores para vuestras mercaderías y productos para vuestras necesidades. Antes que serviros mutuamente, arrojad vuestros artículos á los mares, ó dejad que se averien en los almacenes ; si no hay consumo, cerrad vuestras fábricas ó quemad vuestros talleres, y si aún os queda algun resto de amor al trabajo, haced imposibles, y dedicáos á la produccion de objetos extraños, aunque no tengais aptitud, ni capital, ni primeras materias, y aunque el cielo y la tierra sean hostiles á vuestro pensamiento. No es este el lenguaje de la hipocresía, pero sí es el lenguaje de los hechos.

La guerra ha causado males sin cuento á la agricultura, á las artes y á las riquezas de las naciones ; ha debilitado el amor al trabajo y á la economía, y ha entibiado la caridad y encendido el odio en los corazones. Y si algunas veces, sin saberlo los mismos que la hacian, ha sido un instrumento de la Providencia para acelerar la union de hombres, y otras ha sido precisa para sostener la dignidad ó la independenciam de la patria, ¿podrá compararse el número de las guerras justificables ó excusables con el de las declaradas por motivos frívolos ó inicuos? ¡Cuántas naciones han visto quemadas sus mieses, destruidos sus hogares, deshechas sus fortunas, sacrificados sus mejores hijos y hasta degolladas las mujeres y los niños en guerras vandálicas provocadas por la codicia, la ambicion, la sed de oro y de conquistas, el orgullo ofendido de un solo hombre, el mal humor, el capricho de un favorito ó de una cortesana, ó la susceptibilidad vidriosa de los que sienten la punzada de una leve ofensa y no la venganza del vicio y del crimen! El corazon se estremece al leer lo que Luis XIV escribia al mariscal Villars : «engrandecerse es la ocupacion más digna y agradable de un soberano,» y al ver á un ministro iracundo como Louvois escribir folletos contra su rey y suponer que venian de Holanda para irritarle contra este pueblo industrioso y activo. El corazon se estremece al contemplar los rios de sangre que ha vertido la demencia de los gobiernos, esterilizando el trabajo de los siglos y desmoralizando los pueblos con el pillaje, la licencia y el desenfreno.

La guerra no desaparecerá completamente, porque la purificación progresiva del género humano no puede llegar á la perfección moral absoluta. El hombre será más ó menos esclavo de los movimientos de su corazón y de la presión de los hechos exteriores; pero su sensibilidad no enmudecerá á la voz de la razón, y con más ó menos tempestades, el viento de la ira, de la envidia, de la codicia y del orgullo levantarán siempre nubes en la atmósfera del espíritu. La guerra no ha llegado, no ha podido llegar á la última página de su historia sangrienta, por más que los filántropos hagan esfuerzos laudables por cerrar para siempre las puertas del templo de Jano. Todavía las madres están condenadas á verter perpétuo llanto por las prendas queridas de sus entrañas, segadas en flor por la mano de la muerte, dirigida acaso por algún infeliz que pocos momentos despues será también víctima de la locura ó de los intereses ilegítimos de los que le conducen al combate. Todavía millares de inocentes caerán sobre los cadáveres de sus hermanos, invocarán el nombre de su madre en su última hora, y les contestará la insolente carcajada del enemigo sediento de botín y de sangre. Todavía la tea del incendiario alumbrará esas horribles escenas de devastación en que el pillaje y el homicidio turnan en sacrilega alternativa ú obran en consorcio nefando para convertirse y personificarse luego en héroes altivos coronados de laureles, cantados por los poetas, reproducidos en bronces y mármoles y llenando con su colosal figura casi todas las páginas, casi todas las líneas en que se escribe la historia de la humanidad.

Pero si la guerra será aún una necesidad de la violencia de las pasiones, tengamos fe en el progreso humano y confiemos en el porvenir. Nubes de lágrimas pasarán siempre delante de nuestros ojos; pero la atmósfera que respiremos, será cada vez más diáfana y pura. (*Aplausos.*)

El amor y el interés son los dos grandes móviles que dirigen nuestro corazón y los perpetuos reguladores de la conducta humana. Estos móviles no son divergentes ni contradictorios: ambos aspiran á la realización del bien, de la armonía, de la unidad y del orden, y si alguna vez hay entre ellos rozamientos que producen perturbaciones, es sólo por excepción y fuera de las condiciones normales de su naturaleza. Los antagonismos naturales

son aparentes y no contradicen la ley de armonía que rige el universo; pero los establecidos artificialmente por las leyes, son reales y verdaderos y causa poderosa que interrumpe la paz entre los pueblos. El amor obra en un círculo reducido, y el progreso moral consiste en la prolongacion de sus ródios. Promover la extension progresiva del amor humano, es dificultar la guerra y dar garantías de paz á los hombres. El progreso de la razon, de la imaginacion y de la sensibilidad representado por el progreso de la ciencia y del arte, promoverá tambien el del amor en intensidad y en extension.

Pero cuando el amor no puede universalizarse, el interés tiene que suplirle al establecer y garantizar las relaciones sociales. Los hombres y los Estados han nacido para vivir en comunicacion continúa, cuya expresion más general es el cambio. Los pueblos no pueden prestarse mútuos servicios sino poniéndose en accion las facultades de sus individuos, ó lo que es lo mismo, sin el trabajo de cada uno y de todos. Si fuera posible suprimir el comercio, habria servicios recíprocos debidos al principio simpático, pero en escasísimo número. Para satisfacer las necesidades humanas en vasta escala, es preciso que el comercio realice el consorcio de las voluntades de todos, que arrastrados cada cual por el deseo del bien de la propia personalidad, buscarán á través de los mares, y sin temer los riesgos de la tierra, quien produzca lo que necesitan y quien consuma el producto de su trabajo. Mas para que este hecho sea universal, para que no haya ningun país en la tierra que no se halle en frecuente relacion con los demás, para que los productores no vean limitadas sus esperanzas dentro de los estrechos confines del mercado nacional, y para que la grande obra de la humanidad pueda llevarse á cabo con el concurso de todos, es absolutamente indispensable que el comercio sea libre. ¿Qué importa que el genio sorprendiendo los secretos de la naturaleza desafie el furor de las olas, navegue luchando contra el viento, se abra paso al través de las montañas más elevadas, y hable tan pronto, como cruza el rayo, con las extremidades de la tierra? ¿Qué importa, si las leyes arancelarias no quieren que sean hermanos más que los que viven sujetos al mismo poder público, que hoy son cinco millones, mañana veinte y pasado diez, porque des-

graciadamente no son las fronteras naturales, ni la identidad de origen, de historia, de creencias, de lengua y de literatura lo que constituye las nacionalidades, sino la fortuna y el capricho de los vencedores? La falsa proteccion concedida á las industrias del país, que es como la madre que para librar á sus hijos de la influencia del sol y del aire, los cria débiles y enfermizos, y como la madrastra que enriquece á unos hermanos á expensas de los otros, no sólo perjudica al pueblo que quiere proteger reteniéndole en prision solitaria, sino tambien á la humanidad entera. Pero dirán los proteccionistas : el Gobierno dirige los destinos de la nacion, no los de la humanidad. ¿Hasta cuándo, señores, habrá dos justicias, una para el interior y otra para el exterior, una para los individuos y otra para las naciones? ¿Por qué si condenamos el egoismo indiferente de aquellos no hemos de condenar el egoismo hostil de estas? ¿Por qué hemos de enmascarar con el nombre de patriotismo el criminal deseo de levantar al país propio sobre las ruinas de los demás? Contribuyamos al engrandecimiento y á la prosperidad de la patria, y hagamos en sus aras el sacrificio de nuestra persona y de nuestra fortuna ; pero ni por la patria seamos injustos ni criminales (*Grandes aplausos*).

El egoismo de las naciones es además irracional y absurdo : el interés de una no consiste en que las demás se desgarran, ó caigan estenuadas por la fatiga ó la miseria. Todas se necesitan recíprocamente, y desear una el empobrecimiento de las otras, es desear el empobrecimiento propio. ¿Qué nos dará en cambio el que nada tiene? ¿Ha perdido acaso Inglaterra con la emancipacion de los Estados-Unidos, que convirtió un puñado de hombres en un pueblo poderoso y rico con quien ha sostenido vastísimas relaciones? ¿Ha perdido convirtiendo aquella antigua explotacion en comercio? El deseo del mal ajeno es no sólo inícuo, sino tambien estúpido. Ayudando á los demás nos ayudamos á nosotros mismos. Oponiendo una nacion obstáculos á la prosperidad de la industria ajena, paraliza los progresos de la propia, crea antagonismos donde debia haber armonías, y á los combates industriales, expresion de una emulacion digna y noble, sustituye las guerras sangrientas, expresion del rencor y de la envidia.

Con el sistema prohibitivo y proteccionista, cada nacion ve, en las demás, enemigos siempre en acecho esperando ocasion de inundarla de artículos de contrabando, aunque tenga que hacer uso de la fuerza. De esa manera, repeliéndose siempre y haciendo constantes esfuerzos para burlar la vigilancia del adversario, se alimentan esos odios internacionales tan fecundos en consecuencias funestas. La paz vendrá despues de guerras encarnizadas; pero el odio permanecerá más ó menos escondido, mientras la ley continúe contraponiendo á los que ha unido la naturaleza. El proteccionismo, causa de ese aborrecimiento profundo, dará lugar á colisiones sangrientas, porque la guerra existirá siempre que haya interés en provocarla. Haced que las industrias de un país mueran abrumadas bajo el peso de sus productos, que encontrarian fácil y extenso consumo si las puertas de los otros no estuvieran cerradas, y el interés de los que sufren se convertirá en interés del Estado, y cuando el contrabando no pueda abrirse paso, no faltarán pretextos para que los cañones del más fuerte lleven los artículos prohibidos envueltos entre las nubes del humo de la pólvora.

¡Qué cuadro tan sombrío nos presenta la Europa en aquellas guerras de represalias que suscitó la envidia á la gran prosperidad que alcanzó la Holanda en el siglo xvii! Inglaterra y Francia no podian soportar el maravilloso espectáculo de un pueblo pequeño, que con sólo su trabajo y libertad habia sabido elevarse á tanta grandeza, y queriendo encerrarle dentro de sus diques, se encerraron ellas en un sistema deplorable de egoismo y de exterminio. La Europa entera siguió sus huellas, y parecia que las naciones existian sólo para destrozarse y destruirse. En tiempos menos distantes de nosotros, nuestros padres han visto los estragos causados por el bloqueo continental, ese bárbaro estado de sitio que Napoleon I hizo sufrir al comercio, y en el que no se sabe qué deba sorprendernos más, si la fiera y estúpida arrogancia de su autor, ó la venalidad y corrupcion de sus agentes. Mr. Hauterive ha podido decir con justicia que la teoría de las leyes prohibitivas está escrita con sangre en la historia de las guerras de los últimos siglos, guerras de avaricia que han hecho salir de la caja de Pandora errores, odios, miserias y crímenes.

El comercio libre interesa á todos en la conservación de las relaciones pacíficas , porque les une con el vínculo de la necesidad y del agradecimiento , porque los asimila y confunde , porque hace desaparecer las antipatías producidas por la separación , y porque , aunque los gobiernos deseen la guerra , las industrias se alarman , el comercio se agita , y se forma en derredor una atmósfera irresistible de paz que quebranta las espadas , oxida los cañones , y enerva los ejércitos. Si una nación recibe de otras el alimento de sus habitantes , el vestido con que se cubre y el carbon y el hierro que son la vida de su industria , ¿ cómo no ha de estar dispuesta á perdonar los motivos de ofensa , si hay alguno , y por causas livianas obligará á los padres á que digan á sus hijos : no lloreis , aunque no tenemos un pedazo de pan que daros , ni un harapo para cubrir vuestros ateridos miembros , porque antes que vuestro llanto está la venganza de la patria? Las naciones dan tanto como reciben , hay remuneración de servicio por servicio , son productoras y consumidoras , y si la trompeta de la guerra hace oír sus terribles acentos , bandera negra se levanta por el trabajador en los campos y talleres ; pero no como signo de aborrecimiento á sus hermanos , sino como paño mortuorio que cubre su riqueza y sus esperanzas. ¿Cómo han de querer destruirse los que viven el uno por el otro? Es verdad que las naciones se hacen dependientes ; pero lo son todas , y no hay ninguna que lo sea más que las demás. ¡ Dichosa dependencia , que sin amenguar la libertad , es expresión de servicios mútuos y garantía pacífica de propiedad ! La independencia del proteccionismo es la esclavitud de la miseria ó la libertad del salvaje errante entre las fieras.

Cuanto más viva sea la competencin producida por el libre-cambio , tanto más activo es el trabajo humano , y más odiada la guerra , porque en esta , á la fatiga febril y abrumadora de un día de batalla , sucede el ócio de los campamentos , y con aquella y con este , se armoniza mal la actividad continua , regular y ordenada de la industria. La guerra y el comercio se contradicen y excluyen : el hombre en los combates ve en sus semejantes un obstáculo para la realización de sus sueños , el comerciante ve en ellos el complemento de sí mismo ; el primero goza en la soledad de los osarios formados por la pujanza de sus

armas, el segundo en medio del bullicio, de la alegría y de la concurrencia de los mercados; la guerra crea hábitos de destrucción y de disipación, el comercio de renovación y de economía; aquella acostumbra á la ferocidad y á la intolerancia, y este al trato universal y á la mansedumbre. No es, por consiguiente, extraño que César dijera que los galos por el influjo del comercio de Marsella habian perdido la aptitud para la guerra, y que habiendo sido antes casi siempre vencedores de los germanos, eran despues casi siempre vencidos por ellos.

El trabajo acumula solícito los productos de cien generaciones, y una sola hora de guerra los hace desaparecer y obliga al hombre á comenzar de nuevo el edificio tan laboriosamente levantado por la humanidad. Al contemplar las pirámides colosales de Egipto, los grandes monumentos de Grecia y Roma, las bellísimas construcciones de la edad media y tantas otras que han dado forma al pensamiento de los siglos, exclamarán algunos: «¡cuánta riqueza está enterrada debajo de esas piedras!» Sin embargo, esas piedras son la huella de la idea, del sentimiento y de la vida del género humano, y pueden contestar á los que fijan en ellas desdeñosamente su mirada: «la riqueza que enterramos y que brota multiplicada en el espíritu y en la materia, es sólo un grano apenas visible de arena, comparada con la que se ha destruido en fortalezas, espadas y cañones para hacer la apoteosis de la muerte.» La inteligencia se enreda en confuso laberinto, cuando quiere reducir á números los valores sacrificados en el altar del genio de la guerra.

Cuando los pueblos estén ligados por los vínculos del libre-cambio, no sólo tendrán interés en la conservación de la paz los que se hallaban preparados para destruirse, sino tambien todos los de la tierra. La libertad de comercio establece entre ellos relaciones tan numerosas, tan variadas y tan indefinidas como las necesidades humanas, y llega á concertarse un acuerdo tan armónico entre los intereses de los pueblos, que no puede ser lastimado uno de ellos, sin que sufran los demás. Si á uno solo perjudica inmediatamente la guerra disminuyendo sus productos, sufren tambien los que los necesitan y reciben en cambio de los suyos; sufren despues los relacionados con estos, y de esa manera el sufrimiento, atravesando una y otra frontera, se extiende

por toda la tierra, á la manera que el movimiento impreso al centro de una masa de aguas se comunica por círculos concéntricos y sucesivos á todas ellas. Multiplicad los cambios por medio de la libertad y del trabajo, y el gemido de una sola victima industrial se extenderá por millones de conductos acústicos á todos los puntos del globo que habitamos. La bala lanzada del cañon no solo dará en el blanco que viene á tierra: derribará las fábricas, romperá los arados, echará á pique los buques, y arrancará gritos de dolor en todas las lenguas. Una declaracion de guerra no sólo hará palpitar el corazon de las madres en los pueblos que se van á arrojar unos sobre otros, como si Dios no hubiera dado entrañas á sus criaturas, sino tambien el de todas las madres de la tierra, porque todas verán, en aquel torrente de sangre, arrastrada la vida de sus hijos. Verán cerradas las puertas de las naciones, por donde entran los productos de la tierra que son el pan del cuerpo, y la verdad que viene de todas partes, y que es el pan del espíritu. El imperio del libre-cambio no consentirá el sacrificio de víctimas inocentes en las aras del orgullo; porque no necesita de sangre para sostenerse, sino de actividad, de inteligencia, de perseverancia y de amor.

El amor que se mece en el blando sosiego de la paz, que se nutre con el ambiente de los placeres legítimos y tranquilos, y que se asusta con el ruido de la guerra, se funda en el conocimiento del objeto amado, en la mutualidad de los servicios y en la gratitud. Poned barreras entre los hombres, prohibid que contraten entre sí, aisladlos en medio del mundo, y el amor que germinaba en su alma desaparecerá arrebatado por el viento de injustas é inmotivadas prevenciones. Mas si el comercio es libre, si el hombre del Norte y el del Mediodía, el del Oriente y el del Occidente, se ven, se hablan, se necesitan y se sirven, las anti-patías cesarán, los productores y consumidores verán en el mundo la patria comun, y sólo reputarán enemigos á los que pretenden alterar la paz de los pueblos. La caridad extenderá indefinidamente el círculo de su accion, y sostenida por la libre comunicacion del trabajo se interpondrá entre las espadas; unirá las manos de los combatientes, y derramará sobre su corazon el bálsamo del consuelo, de la tolerancia y del perdon de las injurias.

El comercio libre no sólo impedirá las guerras internacionales,

sino también esa guerra civil incesante y sin tregua que la patria sostiene con sus propios hijos, que tantos brazos ha arrebatado á la industria y que ha llenado los establecimientos penales de rohombres bustos y enérgicos, que considerando rotos los vínculos que los unian á la sociedad y llevando impreso en su frente el sello de la infamia y de la esclavitud de la pena, ponen el pié en el primer peldaño de la escala del crimen, y arrastrados por su propia gravedad, descienden hasta el último. ¡Cuántos hombres que cuando niños revelaban en su sonrisa infantil el porvenir de una vida cándida é inocente, cuya mirada dulce y tranquila era el encanto delicioso de sus madres, cuyo corazón latía al impulso de generosos sentimientos, y cuyos instintos repugnaban las acciones indignas, han sido arrebatados á la virtud por el contrabando que no consideraban como delito, y una existencia que debió deslizarse pura en la corriente del tiempo, que nació para saborear las dulzuras de la familia y que era proba en su origen, en su tendencia y aspiraciones, concluye maldita de Dios y de los hombres, desgarrada por la desesperación ó deshecha por la mano del verdugo! Esa guerra del carabinero y del contrabandista que convierte á los virtuosos en malvados, que repele al extranjero, que opone obstáculos al ejercicio de la caridad universal y que enciende y alimenta odios profundos contra la autoridad y la sociedad, produce, señores, el gran resultado de que no podamos adquirir artículos acaso necesarios para la vida, que las industrias espontáneas y fecundas sucumban ahogadas por la abundancia de sus productos, y que las privilegiadas arrastren una vida lánguida, enfermiza y miserable. Pero ¡qué extraño es, si la sangre que hacen verter las ahoga, y eso que no es suficiente para impedir que los géneros ilícitos penetren en las casas de los mismos fabricantes y merezcan la preferencia de sus propias mujeres!

Lo que las leyes de la naturaleza quieran que sea, será. El hombre tan poderoso para ayudarla, es impotente para combatirla. Según las leyes de la creación, la humanidad es una, y no puede menos de serlo. Según ellas, los hombres de razas más opuestas, el blanco y el negro, el que siente sobre su cabeza el fuego abrasador del sol africano y el que envuelto en pieles se desliza por los ríos helados del Norte, los monoteístas y los po-

liteistas, todos han nacido para amarse, para servirse y para ser hermanos; pues bien, se amarán, se servirán y serán hermanos.

Para serlo, es preciso que todos y cada uno trabajen para cada uno y para todos, y que cada cual produzca lo que pueda y sepa producir mejor; es necesario, en una palabra, que el cambio sea libre; pues bien, libre será. Cuantos esfuerzos se hagan para cambiar el curso de la naturaleza, serán ineficaces para impedir el triunfo definitivo de la verdad. La fuerza y el error retardarán por más ó menos tiempo sus progresos; pero por último, lo que debe ser es, y la verdad sentada en sólio refulgente, recibirá las adoraciones de sus mismos enemigos. Sigamos con noble orgullo la bandera del libre-cambio, porque simboliza la paz, y la paz es el triunfo de la razón sobre la fuerza, del derecho sobre la injusticia y de la caridad sobre el egoísmo. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

---

